

ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL E HISTORIA MODERNA EN EL REINO DE GRANADA. EL CASO DE LA SIERRA DE FILABRES

JUAN GARCÍA LATORRE

RESUMEN

Los arqueólogos que investigan el pasado islámico de Andalucía oriental no disponen, con frecuencia, de fuentes escritas árabes que les permitan contrastar los resultados de su trabajo. Sin embargo, la abundante documentación castellana posterior a la conquista del Reino de Granada proporciona datos de interés sobre el período medieval. Esta documentación puede ser usada regresivamente, es decir, aprovechar su información para reconstruir los espacios sociales anteriores. Es éste el objetivo del presente trabajo, dedicado a una comarca de la actual provincia de Almería, la Sierra de Filabres.

SUMMARY

Archaeologists undertaking research into the islamic past of the kingdom of Granada may find very valuable information in documents written after de Castillian conquest. This article endeavours to show the possibilities offered by Castillian documents concerned with a particularly interesting mountain area: the Filabres mountain range in Almería.

1. *PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA Y DOCUMENTACIÓN ESCRITA EN LA SIERRA DE FILABRES*

Desde hace años el arqueólogo medievalista Patrice Cressier viene desarrollando una importante labor de investigación sobre las huellas materiales que la sociedad andalusi dejó en Andalucía oriental. Sus investigaciones abordan una amplia variedad de temas, pero enmarcados todos en un proyecto global: “castillos, poblamiento y paisajes agrarios medievales” \

Una de las comarcas que ha suscitado de manera especial el interés del arqueólogo ha sido la Sierra de Filabres (Almería). En ella distingue, a

1. CRESSIER, P.: “Quelques données sur la maison rurale nasride et morisque en Andalousie orientale: les cas de Shanash/Senés et celui de Macael viejo (Almería)”, en *La casa hispanomusulmana. Aportaciones de la arqueología*, Patronato de la Alhambra y Generalife-Casa de Velázquez-Museo de Mallorca, Granada, 1990, pp. 229-245.

partir del estudio de la toponimia, la arquitectura, la organización del hábitat y las fortificaciones, tres sectores bien diferenciados: las dos laderas, meridional y septentrional, y los valles centrales. Estos últimos, distribuidos en la actualidad entre cuatro municipios, constituyen —según Cressier— una microcomarca particularmente interesante: “Los cuatro municipios a los que aludíamos corresponden a cinco núcleos de población: Alcudia de Monteagud, Benitagla, Benizalón, Tahal y Benitorafe (este último anejo del anterior), muy cercanos los unos de los otros. Todos existían ya al final de la época nazari... Los rasgos arquitectónicos y la organización urbanística de estos pueblos, con sus techos de tejas, su ordenación casi circular constituyen una clara anomalía en toda esta parte de la provincia de Almería, respecto a los terrados del Almanzora o a las losas de la vertiente Sur”². Por otra parte, “...tanto la abundancia y la naturaleza de los vestigios conservados, como las peculiaridades de la toponimia compensan en gran medida la casi ausencia de fuentes textuales...”³. Como valoración global resalta Cressier “la importancia que tienen tales microrregiones para la comprensión de la vida rural medieval. Actúan como conservatorios de formas y estructuras, y si los vestigios conservados pocas veces son espectaculares, no se limitan tampoco a monumentos fuera de todo contexto, sino que constituyen testigos precisos de la vida socioeconómica... En nuestro caso se esboza la visión de una pequeña comunidad rural de raíz árabe-bereber...”⁴.

La principal dificultad para el estudio de la zona “es, sin embargo, el silencio total de las fuentes árabes”⁵.

Desde la conquista castellana esta pequeña comarca era el centro de un señorío que también se extendía por la ladera Sur de la Sierra de Filabres (Castro y Senés) y llegaba hasta la vecina Sierra Alhamilla (Lucainena de las Torres). Ciertamente la zona interior de la Sierra de Filabres parece hundir sus raíces históricas más lejanas en el mundo islámico medieval, pero ese mundo pervivió allí y en buena parte del Reino de Granada hasta la sublevación de los moriscos en 1568 e incluso, en ciertos aspectos materiales, más allá. En efecto, la llegada de los castellanos a fines del siglo XV no supuso el fin inmediato de la civilización granadina-andalusí, sobre todo en la zona oriental del Reino de Granada, que siguió habitada

2. CRESSIER, P.: *El poblamiento medieval de la Sierra de los Filabres (Almería): Primeros resultados*, *Actas del II Congreso de arqueología medieval española*, Madrid, 1987, pp. 549-558.

3. *Ibidem*, p. 550.

4. *Ibidem*, p. 557.

5. CRESSIER, P.: “Segunda campaña de prospección arqueológica en la Sierra de Filabres y el alto valle del Almanzora (Almería)”, *Anuario arqueológico de Andalucía*, II, 1986, pp. 112-119.

mayoritariamente por los musulmanes y sus descendientes, los moriscos, durante casi un siglo. En el momento de la expulsión más del 90% de los habitantes de la actual provincia de Almería estaba formado por moriscos. En los valles interiores de la Sierra de Filabres los únicos cristianos viejos eran los curas y los escasos representantes de la autoridad señorial. Es evidente, por tanto, que la última huella de aquella sociedad, la más observable superficialmente, es la que dejaron los moriscos del siglo XVI.

Como reiteradamente señala Cressier, la ausencia de fuentes documentales árabes es el mayor inconveniente para el conocimiento de la zona. Sin embargo, la documentación castellana de fines del siglo XV y especialmente la del siglo XVI ofrece información sobre las comunidades musulmanas, y luego moriscas, de la comarca. Siendo esto así, resulta extraño el continuo lamento sobre la ausencia de fuentes documentales árabes mientras las castellanas son ignoradas casi por completo. El carácter arqueológico de la investigación llevada a cabo en la Sierra de Filabres, utilizando las técnicas de la prospección superficial, no debería excluir el recurso a las únicas fuentes escritas disponibles. Como afirma Miquel Bàrcelo, “El objetivo de la arqueología medieval es el de producir conocimientos históricos: es decir, producir informaciones adecuadamente contrastadas sobre la estructura, funcionamiento y cambios de las sociedades humanas. Es, pues, un objetivo idéntico al de la investigación histórica que se vale únicamente de fuentes escritas. La arqueología produce conocimientos a partir del registro arqueológico y de la prospección sin prescindir de la información derivada de los textos escritos, que tiene limitaciones muy serias. También tiene limitaciones el registro arqueológico... Hay cosas que no pueden saberse jamás a partir de la documentación escrita y también hay cosas que el registro arqueológico no permite ni siquiera plantear... La arqueología intensiva implica la movilización de toda la información, incluida la escrita para identificar, relacionar y entender todas las trazas de los asentamientos desaparecidos y de los entornos por ellos producidos, también desaparecidos”⁶.

La documentación castellana a la que se aludía más arriba, a pesar de su cronología, puede proporcionar información sobre el pasado medieval porque es susceptible de ser usada regresivamente: “es decir, aprovechar su información, cronológicamente posterior, para reconstruir los espacios sociales anteriores. La parte central de la investigación sobre los asentamientos andalusíes de la isla de Mallorca se ha hecho precisamente a partir de la documentación catalana generada después de la conquista... La gran contribución de J. V. Murra a los estudios andinos e incas se basa también en

6. BARCELO, M.: *Arqueología medieval. En las afueras del medievalismo*, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 11 y 195.

la utilización sistemática de las relaciones hechas por los encuestadores españoles de mediados del siglo XVI⁷.

Entre las fuentes documentales castellanas del siglo XVI destacan, por la calidad y la abundancia de la información que contienen, los libros de apeo y repartimiento confeccionados tras la expulsión de los moriscos. Son auténticos catastros en los que se describen y cuantifican superficies cultivadas, cultivos arbóreos, casas, instalaciones hidráulicas y otras propiedades confiscadas por el rey a los moriscos. El objetivo era conocer los bienes que podrían ser repartidos a colonos cristianos en el contexto de la repoblación ordenada por Felipe II. Contienen también estos documentos todo el proceso de partición y distribución de dichos bienes entre los repobladores. El espacio rural morisco que se describe en los libros de apeo y repartimiento nos remite al pasado medieval inmediato, sin que esto implique ignorar las alteraciones que la conquista castellana pudiera haber producido en el mismo, alteraciones que son, en muchos casos, claramente discernibles.

Los libros de apeo son, en efecto, documentos tardíos. Hay que decir, sin embargo, que la prospección arqueológica tampoco se ha ceñido en la Sierra de Filabres a una cronología definida. De hecho los restos más abundantes, sobre los que se ha desarrollado el trabajo arqueológico, son nazaries y moriscos. Así por ejemplo, en lo que se refiere al material cerámico, “después de un primer análisis no parece (al igual que el recogido en las fortificaciones) pasar de la época almohade, siendo el más frecuente el nazari y el morisco”⁸. Los mismos despoblados que, lógicamente, han sido objeto de atención especial, fueron abandonados en el siglo XVI. Así pues, el mundo que dejan entrever los libros de apeo no está tan alejado del que desvelan los restos arqueológicos. En ocasiones el arqueólogo habla de restos claramente datables, pero en otras —las más— se trata de restos “antiguos”. El problema radica en que ciertos restos “antiguos” se convierten en el centro de las conclusiones sobre uno de los objetivos declarados de la investigación arqueológica: los paisajes agrarios medievales. Me estoy refiriendo concretamente a las construcciones hidráulicas y a las terrazas de cultivo. Sobre estos dos elementos clave del paisaje agrario de la comarca la documentación ofrece precisiones, sobre todo cronológicas, que no ha ofrecido la prospección superficial. También sobre el poblamiento medieval, la toponimia y las fortificaciones, es decir, sobre los otros objetivos explícitos del trabajo arqueológico, tiene algo que aportar la documentación castellana, y no sólo la de los siglos XV y XVI, sino también la del XVII y XVIII.

7. *Ibidem*, pp. 195 y 196.

8. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*, p. 552.

El 1 de octubre de 1572, el funcionario encargado de la repoblación en los pueblos de la Sierra de Filabres, Felipe de Alais, acompañado por dos “conocedores” moriscos, levantó acta de la inspección que estaba realizando en estos lugares recién abandonados. En ella expone lo que “se vido por vista de ojos”⁹: viviendas, tierras de cultivo, árboles frutales, molinos, corrales, fuentes, caminos y otros elementos del espacio rural son enumerados y descritos. Así que también Felipe de Alais efectuó una “prospección superficial”, pero hace 400 años. El resultado de su trabajo, sólo en Alcudia y en tres pequeños caseríos próximos, ocupa 264 folios. No se trata, pues, de notas fragmentarias o de vagas referencias.

Entre ambos prospectores median más de cuatro siglos, sus ocupaciones profesionales y el objetivo de sus actividades en la Sierra de Filabres son bien distintos, pero es forzoso señalar una importante coincidencia: Alais, como Cressier, andaba buscando cualquier indicio de actividad socioeconómica. De hecho éste era uno de los encargos expresos que había recibido: localizar, describir e inventariar todo aquello que pudiera tener algún interés o utilidad económica para las nuevas comunidades que se iban a establecer en la sierra. Probablemente, Felipe de Alais y sus acompañantes moriscos serían hoy incapaces de reconocer algunos de los lugares que visitaron en el ya lejano otoño de 1572. En Medala, por ejemplo, “Si la presencia de una estructura fuerte medieval es indudable, se debe subrayar la total ausencia de restos de otro tipo de construcción”¹⁰, a pesar de “la abundancia del material cerámico de superficie fuera del recinto”¹¹. En el despoblado que, erróneamente, identifica Cressier como Benajaumil, no encuentra rastro de cerámica. Y es que los despoblados han sido tan arrasados y sus materiales tan profusamente removidos y utilizados, que hasta ahora la prospección arqueológica no ha podido reconstruir su estructura original, ni distinguir el número de casas que los componían. Alais y sus asesores moriscos, por razones obvias, sí pudieron.

2. POBLAMIENTO

En tomo a los cinco núcleos de población existentes hoy en la zona que nos ocupa (ver mapa), Cressier ha estudiado los despoblados cuya ubicación y denominación eran conocidas por los habitantes actuales de la comarca: “hasta ahora han sido localizados e identificados seis despoblados de tamaño y características variables: Alhabia, Benimina, Jemezí,

9. *Libro de Apeo y repartimiento de Alcudia, Alhabia y Benalguaciles*, Ayuntamiento de Alcudia de Monteagud. En adelante: LAR Alcudia.

10. CRESSIER, P.: “Segunda campaña...”, *op. cit.*, p. 115.

11. *Ibidem*, p. 116.

Medala, Benalguaciles y Benajaumil (?). Algunos de éstos se debían dividir, además, en dos barrios distintos (Benalguaciles, Jemezi)...”¹². Los libros de apeo y repartimiento señalan, efectivamente, que algunos de estos lugares se dividían en dos barrios. Éste era el caso también de Alhabia¹³. Sabemos que la dispersión del hábitat en pequeños núcleos de población, divididos a su vez en barrios separados, era una característica de las comunidades moriscas —especialmente en zonas de montaña— que probablemente reflejaba la pervivencia de elementos ciánicos en la organización social. “Nos encontramos —escribe B. Vincent— ante un sistema tribal de tipo segmentario que de forma edulcorada ha perdurado”¹⁴.

La documentación indica que incluso alguno de los pueblos actuales —todos ellos muy densos, compactos y casi circulares— también estuvo dividido en barrios separados y toponímicamente diferenciados (sería el caso de Tahal, formado al menos por tres barrios), de manera que la peculiar estructura actual de los pueblos de la sierra puede no ser de origen medieval. El tejido urbano que muestran, los libros de apeo, en particular los de Benizalón y Alcudía, no parece tan denso como el actual, mencionándose con frecuencia espacios vacíos entre las casas.

Por lo que se refiere a los topónimos, Cressier subraya la “gran homogeneidad de la toponimia mayor, de origen casi exclusivamente árabo-bereber, en contraste evidente con la de los márgenes sur y norte. Estos topónimos pueden describir peculiaridades naturales (Tahal, Alcudía) pero se refiere sobre todo a características ciánicas (Benitorafe, Benizalón, Benitagla, etc.)”¹⁵. La toponimia analizada por Cressier es básicamente la que se ha conservado hasta hoy. Los documentos escritos nos dejan hacer algunas correcciones —el despoblado conocido hoy como Medala era, hasta el siglo XVI, Benimedala¹⁶— y nos ofrecen topónimos desaparecidos, como Beninibel o Benilabla¹⁷ (este último era uno de los barrios de Tahal). Se reafirma, en definitiva, el carácter ciánico de la toponimia. Sobre un total de 13 topónimos, sólo cuatro no contienen la forma “Beni”:

Benizalón
Benimina

12. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, p. 552.

13. LAR Alcudía.

14. VINCENT, B.: “Los elementos de solidaridad en el seno de la minoría morisca (siglo XVI)”, en *Andalucía en la edad moderna: economía y sociedad*, Diputación provincial de Granada, Granada, 1985, pp. 203-214.

15. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*, pp. 551-552.

16. Archivo de la Real Chancillería de Granada. Libro de apeo y repartimiento de Tahal. Planta 5, sección apeos. Estante a.4. Pieza 156. (En adelante: LAR Tahal).

17. TAPIA GARRIDO, J. A.: *El estado de Tahal*, Publicaciones de Cajalmería, Almería, 1988, p. 50.

Benlguacil alto
 Benlguacil bajo
 Beninibel
 Benixaumel
 Benitagla
 Benimedala
 Benilabla
 Alcudia
 Alhabia
 Jemecit
 Tahal

Sobre la problemática cuestión de las relaciones existentes entre estos topónimos y los grupos árabes o bereberes conocidos no se puede decir gran cosa. Cressier y P. Guichard relacionan Benitagla con los Banū Taglab, un linaje árabe. Creo que otro de los topónimos enumerados, Benizalón, podría relacionarse con un grupo de bereberes hawaríes de Sarq Al-Andalus, los Bannū Zannūn (de donde procedería —según Guichard— el topónimo levantino Benisanó). La propuesta se basa en la constatación de que el actual Benizalón aparece como *Benesanón*, *Benaçanón* o *Benzanó* en los documentos castellanos más antiguos.

Esta concentración de nombres ciánicos es comparable a otras semejantes que P. Guichard ha analizado magistralmente en el Levante español, identificándolas como manifestación de asentamientos tribales bereberes. Más adelante veremos que la coincidencia no es sólo toponímica, pues se extiende a otros aspectos como son los demográficos:

“Trátase, en general, de humildes caseríos o aldeas, que a veces no alcanzan las diez familias, y que raramente sobrepasan las cincuenta, y que no se organizan alrededor de un castillo... Sin embargo, el sistema de alquerías o de aldeas en conjunto depende en general de una fortificación, la mayor parte de las veces situada muy aparte... Pues bien, la observación de los hechos que hasta ahora hemos puesto de relieve nos conduciría más bien a la idea de un aporte beréber... ¿Cómo no pensar en la descripción que hace Robert Montagne de las comunidades rurales beréberes de Marruecos, cuando evoca los poblados formados por varios caseríos, generalmente tres o cuatro, cada caserío o aldea integrado por una familia patriarcal que comprende de diez a quince hogares que se consideran como descendientes de un mismo antepasado común?... Tres o cuatro poblados, o sea, una decena de caseríos o aldeas y por lo tanto de cuatrocientos a quinientos hogares como máximo, bastan para constituir un estado autónomo...”¹⁸

18. GUICHARD, P.: *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en occidente*, Barrai, Barcelona, 1973, pp. 432-441.

Señala Cressier que el gran número de lugares habitados en el interior de la Sierra de Filabres (no olvidemos que además de los despoblados hay cinco pueblos que han permanecido habitados hasta hoy) en tan corto espacio revela una extraordinaria densidad en la ocupación del suelo: “En todo caso, una tal densidad de núcleos de población (uno de cada dos kilómetros) en una zona no particularmente rica, no deja de sorprender... En tal medida es densa la ocupación del espacio que debería existir además un hábitat intersticial...¹⁹. Las observaciones sobre la intensidad del poblamiento no vienen acompañadas de estimaciones demográficas, porque el estado de conservación de los despoblados no permite hacerlas. Disponemos, sin embargo, de referencias documentales para finales del siglo XV y para 1568. Según Ladero Quesada, a fines del siglo XV la población de la zona estaría formada por unas 400 familias ²⁰. Tras la expulsión de los moriscos se contabilizaron las casas que formaban los pueblos de la comarca, resultando un total de 471, distribuidas así²¹:

<i>Lugar</i>	<i>Casas</i>
Tahali sus barrios y anejos	138
Alcudia	69
Benalguacil alto	12
Benalguacil bajo	18
Alhabia (barrio alto)	22
Alhabia (barrio bajo)	43
Benizalón	49
Benimina	60
Benitagla	60

El volumen de la población (algo más de 400 familias) que se puede deducir del número de viviendas, así como su distribución en pequeños caseríos evoca el panorama perfilado por P. Guichard para las comunidades bereberes del país valenciano o de Marruecos.

19. CRESSIER, P.: “Segunda campaña...”, *op. cit.*, p. 116.

20. LADERO QUESADA, M. A.: “La repoblación del Reino de Granada anterior al año 1500”, *Hispania*, XXVIII (1968), pp. 489-563.

21. Para Tahal, Archivo General de Simancas. Contaduría General, leg. 2304 y LAR; para Alcudia, Alhabia y Benalguaciles, LAR Alcudia; para Benizalón y Benimina, Libro de apeo y repartimiento de Benizalón y Benimina, Ayuntamiento de Benizalón (en adelante: LAR Benizalón); para Benitagla, Libro de apeo y repartimiento de Benitagla, Ayuntamiento de Benitagla (en adelante: LAR Benitagla).

También se conoce la población total del señorío, incluyendo los de los pueblos de la ladera sur y Lucainena: 720 vecinos. Esta información procede de Archivo General de Simancas. Cámara de Castilla, leg. 2201.

La inteligente intuición de Cressier sobre la posible existencia de un hábitat intersticial —aunque no expone indicio arqueológico alguno que la justifique— está confirmada por la documentación del siglo XVI. Los libros de apeo, al describir, parcela a parcela, los lotes de tierra entregados a cada repoblador cristiano, enumeran también las viviendas y otras construcciones incluidas en las parcelas o próximas a ellas. Es en las áreas del terrazgo dedicadas a cultivos extensivos, sin apenas árboles cultivados, que son también las más grandes y alejadas de los núcleos de población, donde encontramos numerosas casas aisladas e instalaciones ganaderas distribuidas espacialmente con gran regularidad, e incluso concentraciones de viviendas que recuerdan a las cortijadas actuales. El caso más llamativo es el de Tahal (Tahalí hasta el siglo XVII). En los tres pagos más grandes y alejados del pueblo, que son perfectamente localizables, se menciona la existencia de 50 casas aisladas. La mayor parte de ellas, 38, tenía uno o más corrales. Había además 17 corrales aislados. Por otra parte, en una de las parcelas se acumulaba un número indeterminado de viviendas, pero en todo caso un número elevado. Era en la parcela 35 del 7.º “trance”: “...e tiene muchas casas, de las cuales se da, a cada poblador que no tuviere, un palacio”²².

En el término de Benizalón se mencionan 42 “cortijos” y también, como en Tahal, un punto de mayor concentración llamado el “cortijo bermejo de las muchas casas”²³. No hay referencias a corrales, pero sí a eras, silos y pozos asociados a las viviendas. Por último, en Alcudia y su término sólo aparecen 9 cortijos y algunos corrales²⁴. Es posible que las instalaciones ganaderas fueran más numerosas, porque las fuentes sólo describen las que existían en las tierras cultivadas (apenas el 20% de la superficie del señorío). Se debe subrayar el hecho de que en todos los casos los corrales y las viviendas pertenecían a los moriscos y no al titular del señorío ni a ganaderos cristianos forasteros. Los tres pueblos mencionados abarcan prácticamente toda la comarca, porque en sus términos se englobaron las tierras de los lugares que quedaron abandonados.

El gran número de instalaciones ganaderas existentes no es frecuente en comunidades moriscas de otras comarcas y plantea la cuestión del papel que la ganadería pudo desempeñar en la economía de la zona. También se plantea Cressier esta cuestión, pero, no habiendo ofrecido la prospección ningún indicio al respecto, concluye que “solamente la excavación nos lo podrá confirmar”²⁵.

22. LAR Tahal.

23. LAR Benizalón.

24. LAR Alcudia.

25. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, p. 557, nota 16.

Mientras llega la excavación, expondré otros indicios documentales relativos a la ganadería. Sabemos que el mayor rebaño de vacas (100 animales), propiedad de moriscos, que se conoce hasta ahora en el Reino de Granada, pertenecía en 1528 a una familia de Tahal, la familia El Hadid²⁶. También parece haber sido muy importante la apicultura²⁷.

Según los concededores moriscos del siglo XVI, existía una amplia comunidad de pastos entre los pueblos de la sierra: “...i el que tiene algún ganado —afirmaban— lo lleba a los otros términos de los lugares de la dicha sierra de filabres, por quanto es pasto común para todos”⁸. Insistían en que los ganados iban especialmente al término de Tahal “adonde ai buen monte e pasto”²⁹, justo donde se encontraba la mayor concentración de corrales de la sierra.

Después de la expulsión, buena parte de los repobladores de la comarca procedía —y esto no parece casual— de una zona marcadamente ganadera, la Sierra de Segura (Jaén). Muchos de ellos son definidos expresamente como ganaderos en los protocolos notariales. A mediados del siglo XVIII, Tahal era el único pueblo del señorío en el que el valor de los productos derivados de la ganadería (lana, queso, leche, miel y cera, sin contar los animales) representaba un porcentaje considerable, el 31%, del valor total de los diezmos³⁰. Con un rebaño de 4.000 ovejas, cabras y vacas Tahal era el principal centro ganadero de la comarca. Estos hechos podrían explicarse simplemente como la continuación de una dedicación ganadera ya practicada por los moriscos. Cuestión muy distinta es la de saber si esta —aparentemente importante— ganadería morisca era heredera de una situación anterior a la conquista castellana o su aparición había sido estimulada de alguna manera por el poder señorial. Los documentos escritos no responden a esta pregunta; la prospección arqueológica, por ahora, tampoco.

En relación con la densidad de la ocupación del suelo, las fuentes escritas sugieren que fue aún más intensa de lo que revela la prospección, porque al parecer existieron otros núcleos de población que no han sido descubiertos todavía. Me referiré en primer lugar al despoblado que Cressier denomina (aunque con dudas) Benajaumil y que sitúa en el valle de los Benalguaciles a casi dos kilómetros de Tahal. En realidad ese despoblado no era Benajaumil (*Benaxaumil*, *Benaxaumel*, *Benaxaume* o *Benajaume* en los documentos de los siglos XV y XVI, y *Benajome* en los del XVIII. A

26. VINCENT, B.: “Les morisques et l’élevage” *Revue d’histoire maghrébine*, 61-62, 1991, pp. 155-162.

27. *Ibidem*.

28. LAR Alcudia.

29. *Ibidem*.

30. Archivo Histórico Provincial de Almería. Catastro de Ensenada. E-112. Tahal. Archivo de la Real Chancillería de Granada. Respuestas generales de Tahal. 5 CAT 622.

pesar de las variaciones en la grafía se trata siempre del mismo nombre que es ubicado siempre en el mismo sitio). Benajaume estaba junto a Tahal y era uno de sus barrios. En el acta de erección de las iglesias del obispado de Almería este lugar aparece como “anexo” de Tahal³¹. En la correspondencia que circulaba entre los funcionarios que trabajaban en la repoblación, tras la salida de los moriscos, es mencionado como “arrabal” de Tahal³². Los libros de apeo lo sitúan claramente entre Benimedala y Tahal (al noroeste de Tahal), bajo el punto donde confluyen dos pequeños barrancos (llamados actualmente “Del Berro” y “De los Olmos”) que formaban el “Barranco de Benajaume”³³. En 1601 un repoblador de Tahal vendió “una casa que tiene en esta villa, en el barrio que llaman Benaxaume... que tiene un cuarto baxo y otro alto y dos cuerpos pequeños por baxo y otro por alto y un patio descubierto”³⁴. Al año siguiente, se vende otra casa “en el barrio de Benajaume, ques fuera de población”³⁵. Por último, en el Catastro de Ensenada del siglo XVIII, aparece en numerosas ocasiones el “pago de Benajome” o “pago de la torre de Benajome”, que estaba “a un tiro de bala de la población”. Se sobreentiende que de bala antigua, o sea, a no más de 500 metros, pero en ningún caso a dos kilómetros.

En el valle de los Benalguaciles Cressier ha localizado dos despoblados: uno de ellos lo identifica —equivocadamente, como hemos visto— con Benajaumil y otro, el situado en el “Barranco de la Torrequilla”, con Benalguacil bajo. El problema reside en que en ese valle se encuentran no dos despoblados, sino quizá tres. En el documento eclesiástico mencionado se puede leer: “En la iglesia parroquial de Santa María de Benalhacil de abaxo, con los lugares de Benalhacil de arriba y Beninibel, sus anexos, un beneficio simple servidero y una sacristía”³⁶. Tres cronistas de la época de los reyes católicos (Pulgar, Palencia y Valera) mencionan entre los lugares de la sierra uno (*Benilibel*, *Benilebel*, *Benalibie*) que parece ser el Beninibel del acta eclesiástica. Había, pues, en 1505, un tercer lugar, Beninibel, que debió quedar deshabitado muy pronto, ya que no vuelve a ser mencionado nunca más ni el topónimo ha pervivido.

También la tradición de la zona señala la existencia en el valle de los Benalguaciles de tres despoblados, “casarazos” o “cábilas de moros”. Dos —entre ellos el que Cressier llama Benajaumil— son identificados por los habitantes de Alcudia (en cuyo término se encuentran) como Benalguacil

31. Archivo Municipal de Almería. Leg. 82, documento 2.

32. Archivo general de Simancas. Contaduría general, leg. 2304.

33. LAR Tahal.

34. Archivo Histórico Provincial de Almería. Luis de Medina. 1601. Protocolo 5724.

35. Archivo Histórico Provincial de Almería. Luis de Medina. 1602. Protocolo 5724.

36. Archivo Municipal de Almería. Leg. 82, documento 2.

bajo y Benalguacil alto, y el tercero como “casarazos de la torrecilla”. Creo que este último podría ser Beninibel. Es lógico pensar que los repobladores sólo conocieron los nombres de aquellos lugares que estuvieron habitados justo hasta el momento de la expulsión, pero no los de lugares desaparecidos 70 u 80 años antes, de ahí que inventaran expresiones castellanas para designar sus ruinas (“casarazos”, “pueblos viejos”, etc.).

El análisis de la documentación nos ha permitido incrementar en dos (Beninibel y Benajaume) el número de los núcleos de población de origen medieval que no han sido localizados ni prospectados, pero éstos podrían haber sido todavía más numerosos.

En el libro de apeo de Benizalón-Benimina encontramos reiteradas referencias a dos “lugares viejos” o “pueblos viejos”. Uno de ellos se encontraría en la cumbre del “Montahur” (actualmente Monteagud), una de las montañas más altas de la comarca, a 1.300 metros de altura, junto a un igualmente desconocido castillo: “...y de allí sube a lo alto de Montahur, a la mano derecha del pueblo viexo...”³⁷ “...y ba el camino arriba asta el collado que oxea a los cortixos de Montahur, y de allí a lo alto del castillo de Montahur”³⁸. “...desde dicho cerro se fue a la loma arriba, asta dar a las casas de Montahur, quedando las casas con el castillo...”³⁹.

Las indicaciones sobre la ubicación de este lugar son extremadamente precisas y resulta por ello difícil dudar de su existencia.

Si la comarca en su conjunto constituye —en expresión de Cressier— una “anomalía de poblamiento”, la situación de este asentamiento y del castillo que indudablemente estaba asociado al mismo, es a su vez una clara anomalía en el contexto de la zona. Ninguno de los pueblos ni de los despoblados se encuentra en una posición tan elevada y escarpada. A pesar de ello el lugar en cuestión estaba rodeado de tierras de cultivo, sin duda en terrazas, y comunicado con los lugares más próximos, Benizalón y Benimina, por un camino.

Había, además, en el término de Benizalón-Benimina otro asentamiento: “...va el barranco de Benitagla arriba a dar a una loma que sale ençima del pueblo biexo”⁴⁰.

Estos dos despoblados —que seguramente ya lo eran antes de la expulsión de los moriscos—, debían ser lugares muy pequeños, abandonados durante la conquista castellana o poco después, porque no se mencionan

37. LAR Benizalón.

38. *Ibidem*.

39. *Ibidem*.

40. *Ibidem*.

en el momento de la constitución de las iglesias del obispado de Almería (1505) (Sólo Benizalón y Benimina son mencionados en ese área).

Sin embargo, pueden corresponder a dos nombres de lugar citados por los cronistas cristianos de los reyes católicos. Hernando del Pulgar y Alonso de Palencia, además de mencionar todos los lugares que ya conocemos, citan Alhardia y Alhendra (probablemente se refieren al mismo, que no confunden con Alhabia) y Bernáldez habla de un lugar llamado Lacaynera.

La desaparición de estos lugares podría relacionarse con la emigración de los musulmanes al Norte de África tras la conquista castellana, fenómeno que se produjo en todo el reino ya desde los primeros momentos. Aunque tampoco debemos descartar que se tratara del efecto de una política señorial deliberada, tendente a concentrar el hábitat para facilitar así el control de la población y de los excedentes.

Resumiendo todo lo anterior, diría que los lugares habitados de esta comarca fueron, hasta algún momento indeterminado de la baja edad media, no once (los seis despoblados estudiados por Cressier más los cinco pueblos que pervivieron) sino quince, aunque sólo quedaban once de ellos en 1568.

3. FORTIFICACIONES

En el interior de la Sierra de Filabres sólo hay una construcción a la que se pueda aplicar con propiedad el término castillo. Es el que los titulares castellanos del señorío construyeron en el lugar más grande del mismo, Tahal, aprovechando quizá los materiales de una fortaleza existente en el mismo sitio⁴¹. Esta Fortaleza les debió parecer insuficiente para las funciones de control y almacenamiento de excedentes que debía cumplir en adelante.

Todas las demás construcciones defensivas son medievales. Su estudio constituye indudablemente la más valiosa aportación de Cressier al conocimiento de la comarca: “Las estructuras fortificadas de la zona son de extensión muy reducida y no tienen nada que ver con las grandes fortalezas de los márgenes norte y sur; corresponden a dos modelos distintos. El primero recibe localmente el nombre de ‘castillico’. Se localiza a unos centenares de metros de un pueblo (Benitagla, Benizalón) y lo constituye un pequeño recinto de piedra seca (o con poco mortero), con elementos de tabiya (¿una torre rectangular interior?). El estado de conservación, muy malo, no permite ir más allá en la organización interna... Pero en la

41. TAPIA GARRIDO, J. A.: *Op. cit.*, p. 19.

mayoría de los casos, los núcleos de población se agrupan alrededor de una torre de alquería, a la vez punto de vigilancia y de refugio... Si se tratase de resumir las características de las fortalezas de la zona estudiada, subrayaremos: la gran sencillez de las formas y de los aparejos...; la relación estrecha con el hábitat y la omnipresencia de la torre de alquería...⁴².

Los funcionarios castellanos que confeccionaron los libros de apeo no muestran el más mínimo interés por las fortificaciones y, sin embargo, mencionan y ubican todas las que han sido analizadas por Cressier y otras que el arqueólogo no ha localizado (o no han sido advertidas o simplemente han desaparecido al haber sido utilizados posteriormente sus materiales). La causa de esta aparente contradicción es sencilla, les servían de punto de referencia para establecer los nuevos términos de los pueblos y para situar con precisión las parcelas que eran entregadas a los repobladores.

En relación con la omnipresencia de las torres de alquería, Cressier sólo señala dos excepciones: todos los despoblados “excepto Jemezí y Benajaumil (?) conservan restos de una torre de alquería”⁴³. Se debe añadir que uno de los pueblos, Alcudia, tampoco aparece actualmente asociado a fortificación alguna. En este terreno la documentación confirma la generalidad del modelo de asociación Torre de alquería-núcleo de población. No había excepciones: Jemecí, Benajaume (Benajaumil) y Alcudia también tenían torres de alquería⁴⁴. En el caso de la torre de Benajaume disponemos incluso de un rudimentario plano de la misma realizado en el siglo XVIII. En el catastro de Ensenada de Tahal podemos leer: “Otra pieza de tierra de secano en la torre de Benajome, dista de la población un tiro de bala... y en medio de ella, la dicha torre”⁴⁵. Al margen hay un dibujo de la parcela en cuyo interior aparece representada una construcción de planta rectangular.

El fenómeno de la sobreabundancia de las fortificaciones se explicaría —según Cressier— porque la comarca, a pesar de su homogeneidad cultural, “pudiera haber reunido grupos distintos, como lo sugiere la abundancia de elementos de fortificación que probablemente tuviesen, tratándose de las torres principalmente, un papel más político que propiamente militar”⁴⁶.

Es lamentable que el arqueólogo no haya sido más explícito en este punto. Que el papel militar de las minúsculas fortificaciones de la sierra

42. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*

43. *Ibidem.*

44. LAR Tahal y LAR Alcudia.

45. Archivo Histórico Provincial de Almería. Catastro de Ensenada de Tahal E-112. Respuestas particulares.

46. CRESSIER, P.: “El poblamiento...”, *op. cit.*, p. 557.

debía ser limitado parece evidente, pero ¿qué hay que entender aquí por “papel político” y por “grupos distintos”? Ciertamente la constante asociación entre topónimo ciánico, fortificación y alquería permite suponer que había grupos distintos —entendiendo por tales familias extensas, linajes segmentarios—, vinculados a un lugar y a una estructura defensiva. La propia naturaleza de las sociedades segmentarias sería la mejor explicación de la asociación descrita. “La tribu segmentaria —escribe el antropólogo Marshall D. Sahlins— se divide marcadamente en comunidades locales independientes (segmentos políticos primarios) ... El elemento primario puede ser un pueblo compacto o viviendas dispersas o villorrios. Estas comunidades son políticamente iguales. Celosas de su propia soberanía, no reconocen causa política que esté por encima de sus intereses particulares.⁴⁷

En un contexto social segmentario, las fortificaciones de la Sierra de Filabres representarían —al margen de su limitada función militar— la independencia política de cada comunidad campesina, así como su control sobre las tierras del entorno. Serían, pues, fortificaciones campesinas. Se trata, por otra parte, de un fenómeno bien conocido en el Norte de África.

La prospección arqueológica no ha ofrecido datos precisos sobre la cronología de las fortificaciones, siendo imposible, por tanto, situar el momento en que se establecieron las comunidades responsables de esta peculiar ordenación del espacio.

Se habló más arriba de la existencia de un castillo desconocido en la cumbre del *Montahur*. Desde esta cumbre se divisan todos los valles que conforman la comarca. El emplazamiento, excepcionalmente alto y apartado, tan distinto del de los “castillicos” y de las torres de alquería, hace pensar que su función pudiera haber sido distinta a la de las otras construcciones defensivas de esta zona. Podía tratarse también de una fortificación campesina, aunque a distinta escala, dependiente en este caso del conjunto de todas las comunidades de los valles; pero podría igualmente tener un origen “exterior”; es decir, ser la expresión de un poder estatal que por medio de ella intentara vertebrar y controlar a las comunidades campesinas.

Por desgracia probablemente nunca sabremos nada sobre este castillo. Los repobladores cristianos decidieron en los primeros años del siglo XVII situar allí la sede de un “poder controlador”, aunque de naturaleza celestial, que los obligó a destruir cualquier vestigio de épocas anteriores. Un santuario mariano fue construido en la cima del viejo *Montahur* —por cierto, el único topónimo latino del área—. Sucesivas ampliaciones, modificaciones y obras de acondicionamiento debieron acabar con el castillo medieval. La sustitución del único resto islámico que dominaba panorámicamente

47. SAHLINS, M. D.: *Las sociedades tribales*, Labor, Barcelona, 1972, p. 39.

toda la comarca por un templo cristiano se presta a interesantes especulaciones sobre el sentido ideológico y simbólico de dicha sustitución.

Además de “castillicos” y de torres de alquería, los libros de apeo señalan la existencia de otro tipo de fortificaciones que tampoco han sido localizadas. Se trata de “atalayas”, alejadas de los pueblos y situadas en las mayores cumbres sobre las laderas meridional y septentrional de la sierra (quedando los valles y las poblaciones en medio).

En el caso de Tahal, las atalayas sirvieron en el siglo XVI para fijar la línea de separación entre el término de este lugar y el de Senés, localidad de la ladera sur: “...y divide el término de la dicha villa de Tahalí con la de Senés por lo alto de las cumbres, adonde ay unas atalayas a vista de Tahalí, aguas vertientes, quedando el de Tahalí a mano derecha y el de Senés a mano yzquierda. Y dende las dichas atalayas se ba derecho haçia el campillo, por la loma del cerro alto adonde ay atalayas puestas...”⁴⁸. No sé si quedará algún resto de estas construcciones, pero el lugar que les asigna el documento corresponde a un topónimo castellano que figura en los mapas actuales de la zona: “Cerro de las atalayas”.

Cinco kilómetros al norte de dicho punto se encuentra el cerro llamado hoy “Atalayón”, sobre la vertiente norte en este caso, en el que los documentos del siglo XVI sitúan otra atalaya que sirvió de mojón entre el término de Alcudia y los de los pueblos de la vertiente septentrional: “...i por la parte de Alcudia y Chercos empieza dende dos juntas de ramblas que bienen de Tahalí y Jemecit i ba subiendo una loma arriba asta llegar a la atalaia ques de cara de Alcudia...”⁴⁹ (en la actualidad ese cerro es llamado, coloquialmente, en Alcudia “cerro de ahí de cara”).

Estas atalayas parecen cerrar o vigilar el acceso, desde las laderas sur y norte, al interior de la sierra. Junto con el castillo de Montahur formarían un triángulo en que quedaría encerrada toda la comarca.

Aun en el caso de que no haya quedado la más mínima huella de estas otras torres, castillos, atalayas y despoblados que todavía no han sido descubiertos, me parece conveniente tomar buena nota de su muy probable existencia. En 1774 algunas huellas eran todavía visibles sobre el *Montahur* “en cuya cima se halla un fragmento de torre de obra tosca y contigua una ermita” (*Diccionario Geográfico*, de Tomás López. Diputación de Almería. Almería, 1985, p. 45).

48. LAR Tahal.

49. LAR Alcudia.

4. ARQUITECTURA MEDIEVAL Y MODERNA

Uno de los criterios que ha empleado Cressier para distinguir tres zonas bien diferenciadas en la Sierra de Filabres se basa en el estudio de la arquitectura y la estructura de los pueblos actuales. En este sentido, los rasgos diferenciales de la zona central serían las cubiertas de tejas (frente a las losas de piedra de la vertiente sur y a los terrados de la vertiente norte) y la estructura compacta, radial y circular de los pueblos. Sugiere el arqueólogo la posibilidad de que tales diferencias se hayan mantenido desde la edad media hasta hoy. Como dije más arriba, no es seguro que la estructura actual coincida con la del período morisco, que era quizá menos densa y organizaba los asentamientos con frecuencia en pequeños barrios separados.

Por lo que se refiere a las cubiertas, hay un documento que confirma el uso de losas de piedra en la vertiente meridional en el período morisco. Se refiere al lugar de Gérgal, en cuyo término, según el morisco que proporcionó la información, había “un mynero de tyerra para cántaros y ladrillo y teja, pero no abía almadrava particular, porque las casas son todas de piedra y losa y cubiertas de losas”⁵⁰. Aquí es indudable, pues, la pervivencia de una técnica medieval hasta la actualidad.

Volviendo a los valles interiores de la sierra la situación no parece tan clara. El principal escollo a las conjeturas de Cressier lo pone el libro de apeo de Benitagla, en el que se dice que también allí los moriscos cubrían las casas con losas de piedra y no con tejas ⁵¹.

En los protocolos notariales de Tahal, inmediatamente posteriores a la repoblación, encuentro una referencia interesante al tema de las cubiertas. Es la autorización que concede en 1603 el gobernador del señorío para la instalación, en el arroyo que separa Tahal de Alcudia, de una almadraba de tejas ⁵². Esta autorización podría representar simplemente la continuidad de una tradición anterior, pero también una ruptura y el inicio de una técnica constructiva más acorde con las tradiciones de los repobladores o con los intereses del señor feudal.

En los contratos de compra-venta de casas efectuados tras la repoblación (sirva como ejemplo la descripción de una casa de Benajaume que se transcribió más arriba) se describen, en ocasiones, las viviendas objeto del contrato. A través de ellos se puede seguir la evolución desde las casas moriscas que recibieron los repobladores hasta el modelo que aparece consolidado en el catastro de Ensenada a mediados del siglo XVIII. El

50. Archivo Histórico Provincial de Almería. S.2.2. Apeo de Gérgal.

51. LAR Benitagla.

52. Archivo Histórico Provincial de Almería. Luis de Medina. 1603. Protocolo 5714.

cambio más significativo parece ser la reducción del tamaño de las viviendas y la sustitución del patio morisco por pequeños “descubiertos”. La reducción del tamaño de las casas debe atribuirse precisamente a la desaparición del patio.

Quizá sólo se embarulle más el asunto de las cubiertas al constatar (gracias al catastro de Ensenada) que en el siglo XVIII los cortijos de la comarca se cubrían con losas de piedra⁵³.

Desde una perspectiva más amplia, toda la organización general del hábitat morisco fue alterada por la repoblación. Los núcleos de población más pequeños y dispersos fueron abandonados, convirtiéndose en los actuales despoblados (aunque consta que alguno de ellos, como Benajaume, estuvo habitado en los primeros años del siglo XVII). Los repobladores —muy inferiores en número a los moriscos que ocupaban antes la zona— se agruparon en los pueblos más grandes. Motivos fiscales y defensivos pueden explicar parcialmente estos cambios. En especial la adopción de una estructura compacta, muy cerrada al exterior, y el abandono de los barrios periféricos, pueden obedecer a un móvil claramente defensivo. A pesar de encontrarse relativamente alejada del mar, esta zona recibió en los primeros momentos de la repoblación la visita de monfies moriscos huidos al Norte de África y reconvertidos en hábiles corsarios. Secuestraron a un grupo de repobladores de Tahal y asustaron a otros muchos que optaron por abandonar la comarca⁵⁴. El peligro continuó hasta finales del siglo XVII, mientras tanto el obispado de Almería fue considerado “frontera de moros”.

He hablado también de motivos fiscales. No se debe olvidar que la repoblación fue rígidamente organizada y dirigida por el estado, principal beneficiario fiscal de toda la operación. Fue el estado quien —de acuerdo con los nobles en los lugares de señorío— decidió la agrupación de los escasos repobladores en determinados sitios y el abandono de otros. Recordemos, una vez más, que la concentración del hábitat facilita el control de las personas y de las rentas.

Todos estos cambios vienen, en definitiva, a reflejar la sustitución de un modelo de organización social del espacio por otro distinto, sin que se deba entender por ello que hubo una total ruptura con el pasado. Las pervivencias fueron muchas y variadas.

53. Aparece este detalle en las respuestas particulares del catastro de Ensenada de la comarca.

54. Archivo General de Simancas. Cámara de Castilla, leg. 2201 y 2215. Contienen los resultados de las visitas de inspección efectuadas a la Sierra de Filabres en 1573, 1576,

5. PAISAJES AGRARIOS

La visión del hipotético paisaje agrario medieval que expone Cressier está fuertemente condicionada por la del paisaje actual de la Sierra de Filabres. Es, hasta cierto punto, lógico, porque la prospección arqueológica ha conseguido identificar, como cronológicamente medievales, muy pocos elementos “paisajísticos”. Como mucho ha identificado elementos “antiguos”. De ahí que se haya optado, más o menos inconscientemente, por suponer un remoto origen a los aspectos más característicos, visibles e incluso espectaculares, del paisaje agrario actual: las estructuras hidráulicas (que riegan pequeñas parcelas en el fondo de los valles) y las enormes superficies de secano formadas por terrazas en laderas de gran inclinación.

De esta manera el paisaje medieval es sospechosamente parecido al contemporáneo: “Vivían fuera de los grandes ejes de comunicación, de una agricultura casi exclusivamente de secano... con regadío extremadamente puntual...”⁵⁵.

Es muy posible que las cosas fueran así en la edad media, pero esta caracterización es tan vaga y general que lo mismo podría aplicarse al neolítico, al siglo XVII o al XX.

Es sabido que en numerosas ocasiones la arqueología ha permitido reconstruir espacios agrarios antiguos, pero no es éste el caso.

En la Sierra de Filabres, el paisaje agrario más antiguo que conocemos con detalle y precisión, por el momento, es el paisaje agrario morisco del siglo XVI, tal como lo muestran los libros de apeo.

Indudablemente, los paisajes agrarios moriscos están más cerca de los medievales que los contemporáneos. Por tanto, de cara al conocimiento del mundo rural medieval, debería prestárseles —como ya se dijo al principio— cierta atención. Esta reflexión, que ya hizo en su día el profesor Barrios Aguilera⁵⁶, parece no haber sido excesivamente atendida.

a) Las estructuras hidráulicas

Cressier ha observado que “hasta hace poco tiempo ha existido un

1578 y 1593. Indican nombres, apellidos y origen de los repobladores. No coinciden siempre con los repobladores consignados en los libros de apeo porque éstos abandonaron pronto la comarca, siendo sustituidos por otros. En la de 1573 (leg. 2201) aparece la referencia al ataque de los monjes.

55. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*

56. BARRIOS AGUILERA, M.: “Balance y perspectivas de la investigación acerca de la repoblación del Reino de Granada después de la expulsión de los moriscos”, en *Almería entre culturas*, Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial de Almería, Almería, 1990, pp. 613-665.

regadío de extensión muy limitada en los fondos de los valles de la zona Alcudia-Benitagla-Benizalón... La no mención de regadío en los libros de apeo de esta comarca hace dudar de la antigüedad de tales sistemas que, sin embargo, modelan toda una parte del paisaje agrícola”⁵⁷. Más adelante se verá que los libros de apeo de esta comarca sí describen sistemas hidráulicos, pero antes terminaremos con la caracterización que hace el arqueólogo de los que han estado en uso hasta los años 60 de este siglo, e incluso siguen estándolo hoy (cuya medievalidad o, más prudentemente, antigüedad, se dará por supuesta a continuación de manera generalizada, existiendo evidencia arqueológica tan sólo en algunos de ellos): “Las dos principales técnicas empleadas son, como es lógico, propias de las zonas muy áridas y presentan numerosas similitudes con lo que se ha podido estudiar en regiones africanas (incluso saharianas) o medio-orientales. La primera, limitada a los barrancos mayores, ordena parcelas en el lecho mismo del río temporal. Éstas son protegidas por diques y regadas a partir de pozos de cigüeñales. La disposición de las estructuras permite igualmente el aprovechamiento de las aguas de riada; La segunda, más propia de los asentamientos de laderas, consiste en minas o pequeños qanat-s cuyo caudal viene regulado por un sistema de albercas. En todos los casos podemos asegurar la doble finalidad del modo de aprovechamiento en época tardomedieval: para huertos reducidos y para el abastecimiento de la misma población... En dos casos, Alhabia y Benajaumil (?), ha sido encontrada la antigua captación de agua que abastecía el pueblo”⁵⁸. “Así por el momento —prosigue Cressier—, podemos, aunque con precaución confirmar la antigüedad de un regadío muy localizado en los fondos de barranco...”⁵⁹.

La ubicación cronológica de los restos se sitúa, pues, en una vaporosa “antigüedad”, a falta de elementos claros de datación. El análisis tipológico de los sistemas de riego tampoco parece ser muy clarificador, porque en hidráulica medieval nuestro conocimiento es tan pequeño, según afirma el propio arqueólogo, que “cada investigador está limitado a su propia experiencia, intuición y a veces a su simple fantasía”⁶⁰.

Un poco de fantasía no viene mal, a falta de otra cosa, pero en el caso que nos ocupa la consulta de las fuentes escritas habría resultado muy útil para reducir el margen de incertidumbre cronológica y para conocer la importancia del regadío en un momento relativamente próximo al medievo, aunque, lógicamente, a costa de limitar las dosis de fantasía.

57. CRESSIER, P.: “Prospección arqueológica en la Sierra de los filabres...”, *op. cit.*

58. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*

59. CRESSIER, P.: *Ibidem.*

60. CRESSIER, P.: “Arqueologie des structures hydrauliques en Al-Andalus”, en *El agua en zonas áridas: Arqueología e historia*, Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial de Almería, Almería, 1989, pp. LIII-XCIII.

En el contexto agrícola morisco del reino de Granada —caracterizado por un fuerte predominio del regadío— la zona interior de la Sierra de Filabres presenta una notable peculiaridad. Los moriscos practicaban allí una agricultura en la que los cultivos de secano predominaban abrumadoramente: “no ai riego ninguno e todo es secano”⁶¹, decían los concededores moriscos en todos los pueblos. Los molinos de la comarca sólo funcionaban temporalmente, “con el agua del ynbierno e creciente de la sierra”⁶².

Los mismos concededores moriscos se encargaron de matizar su rotunda afirmación sobre el predominio absoluto del secano en aquellos puntos, muy concretos y limitados, donde existían estructuras hidráulicas de riego. También mencionan otras destinadas exclusivamente al consumo humano y del ganado. Me ocuparé especialmente de aquellos puntos donde la prospección arqueológica ha descubierto algo al respecto: Alhabia, Benalguaciles (en este caso se trata del lugar que, por error, Cressier denomina Benajaumil), Benizalón-Benimina y Chercos (el último en el límite de la vertiente norte).

En Alhabia, los informantes moriscos, tras afirmar la total ausencia de regadío, insistiendo en que no hay viñas ni huertas, “porque no ai riego ninguno”⁶³, enumeran dos “fuentes” en el lugar bajo y una en el alto. Las expresiones “fuente”, “fuente manantial” y “manantial” que aparecen en los documentos, no deben interpretarse siempre literalmente; es decir, como manantiales naturales, pues la ambigüedad de los términos relativos a las construcciones hidráulicas podía ser tan grande entonces como lo es ahora en toda la provincia de Almería, y tanto en castellano como en árabe granadino. La palabra fuente puede aludir a un manantial natural, a una mina de agua, a una cimbra o a un qanat. En Mallorca, por ejemplo, el “Qastil al-uyun” (literalmente, “el castillo de las fuentes”) era una montaña con varios qanat-s⁶⁴. De manera que la pequeña mina prospectada en Alhabia bien podría ser la fuente del barrio alto a la que alude el texto. Sin embargo, me interesa resaltar que ni esta captación, ni las otras dos, parecen haber tenido “el doble papel de abastecimiento doméstico y de uso agrícola” que les atribuye el arqueólogo. La suposición de una función agrícola se basa en el hecho observable de que, efectivamente, la mina —de capacidad extremadamente limitada— ha sido, y sigue siendo, usada para regar. Pero este uso —que ya se le asigna en el catastro de Ensenada— parece ser posterior al período morisco.

En Benajaumil —en realidad en Benalguacil— Cressier ha localizado

61. LAR Alcudia. Se referían aquí en concreto a Alcudia, los Benalguaciles y Alhabia.

62. *Ibidem*.

63. *Ibidem*.

64. BARCELÓ, M.: *Op. cit.*, p. 245.

otra estructura hidráulica consistente en una alberca triangular abastecida por una pequeña galería cubierta que nace de un pozo. Por su parte, los conocedores moriscos del siglo XVI localizaron una “fuente” en el lugar alto, otra en el bajo y un “pozo manantial para la bebida e servizío de la gente del dicho lugar”⁶⁵. Este “pozo manantial” podría corresponder al artefacto estudiado por el arqueólogo. Aunque tampoco aquí parecen haber tenido uso agrícola estas tres instalaciones hidráulicas. Sin embargo, había en el valle de los Benalguaciles otra instalación que sí estaba destinada al riego: “Yten, dixeron e declararon que ai en el barrio alto de Benalguaciles un pago que se dize *Daracichara*, que alinda con el término de Oleila i de la otra parte con el término de Benazalón en el qual ai de hazas de moriscos veintiquatro fanegas de tierra de labor e ochenta olivos buenos adrados... en el qual ai una fuente de agua buena manantial, conque riegan los olivos y siembran alguna berdura, aunque poco, e para lo hazer recojen al agua de la dicha fuente en una balsa i dende allí riegan los olibos i la berdura”⁶⁶.

En los demás lugares de la comarca la situación era muy parecida, pero en algunos de ellos existía otro sistema de riego que debía consistir en boqueras junto a las ramblas —habitualmente secas— que aprovechaban las avenidas ocasionales. En Tahal, el único pago en el que se menciona la existencia de regadío se encuentra alrededor del pueblo: “es de secano e no tiene riego, si no es quando los años son muy luçidos y con las benidas que vajan de la sierra se riegan algunos pedaços”⁶⁷. Se debe vincular este sistema al “canal” que los apeos mencionan entre Tahal y Alcudia, junto a la rambla⁶⁸.

En Benizalón “no ay acequias ni ramales, más que una balsa con que riegan quince o veinte olivos y ésta se llega de una fuente muy pequeña, y ésta la tienen bien tratada”⁶⁹.

En Chercos se habla de “una açequia que ay en el dicho lugar, de agua llovediza, porque no hay otra”⁷⁰.

El sistema de pozos de cigüeñal, tan característico de la zona hasta hace pocos años, no aparece por ningún sitio. Los pozos, cuando se mencionan, parecen siempre asociados al consumo humano y al ganado.

He estudiado, a través de documentos, la evolución de las superficies cultivadas de regadío hasta mediados del siglo XX (ver cuadro 1). Esto me ha permitido constatar que el regadío se expandió considerablemente entre mediados del siglo XVIII y mediados del actual. Aunque

65. LAR Alcudia.

66. *Ibidem*.

67. LAR Tahal.

68. LAR Alcudia.

69. Archivo General de Simancas. Cámara de Castilla, leg. 2215.

70. *Ibidem*.

tampoco se trató de ningún “boom”. En Alcudia significó pasar de una fanega en el siglo XVIII a 12 en el XIX y 30 en el XX; en Benizalón pasaron de 5 fanegas en 1752 a 6 a mediados del XIX y a 43 a mediados del siglo XX. El secano siguió siendo absolutamente predominante. Ha debido ser en los dos últimos siglos cuando se ha generalizado el sistema de pozos para riego, si bien éstos ya estaban empleándose en el siglo XVIII. En las respuestas generales del catastro de Ensenada relativas a Tahal podemos leer lo siguiente: “...en algunos barrancos de su comprensión ai unos manantiales de corta consideración, con cui agua an criado algunos árboles y ortalizas; esto es quando el año es úmedo, que quando no, se balen de unos pozancos que abren en algunas partes hasta que descubren el agua, con la qual, secándola a brazo, crían dichas ortalizas y riegan algunos bancales que llaman tierras de riego...”⁷¹ (las respuestas particulares son más explícitas). De todas maneras el sistema más común en el siglo XVIII seguía siendo el de “fuentes manantiales”. Los sistemas moriscos (manantiales naturales o artificiales asociados a balsas, boqueras junto a las ramblas, minas o pequeños qanat-s) nunca fueron abandonados; es más, creo que a los ya existentes se añadieron otros nuevos en fechas muy recientes.

El recurso a los antiguos sistemas hidráulicos moriscos —de indudable origen medieval— (a algunos de los cuales, los de los despoblados, debió darse un uso agrícola que quizá no tenían en principio), los pozos y la instalación de algunas norias permitieron la sensible expansión de las áreas irrigadas a la que me he referido. Hemos visto que los libros de apeo no mencionan la existencia de norias y son raras en el catastro de Ensenada (donde se mencionan algunas “norias a mano”), por lo que su instalación es con seguridad muy reciente. Sin embargo, ya en el siglo XVII hay referencias a una de ellas. El seis de diciembre de 1628, un vecino de Tahal arrendó a otro “el cercado de la noria con la tierra y los morales”, que no se deslindó “por ser notorio” (evidentemente era la única noria). El propietario se comprometía a entregar “los alcaduces y la maroma” al arrendatario, el cual se obligaba a “aderezar la balsa para regar”⁷².

71. Respuestas generales de Tahal.

72. Archivo Histórico Provincial de Almería. Protocolo 5960. Alonso del Pozo. 1628.

CUADRO I

*Evolución de las superficies de regadío, entre 1752 y 1948*⁷³
Base 100 en 1752

	1752	1845-49	1948
Alcudia	100	1.200	3.000
Tahal	100	122	430
Benizalón	100	120	870

En conclusión, creo que el regadío morisco de esta comarca —y probablemente el medieval— era mucho más limitado de lo que sugiere la observación superficial del paisaje contemporáneo. No considero razonable atribuir un origen medieval, ni siquiera excesivamente antiguo, a la mayor parte de las estructuras hidráulicas de la zona.

b) Los cultivos de secano

La segunda observación de alcance que hace Cressier sobre el hipotético paisaje medieval, se basa, una vez más, en la visión del paisaje actual y en ciertas conjeturas, muy poco meditadas, sobre la demografía moderna de esta comarca: “el mayor problema planteado en el marco de esta temática es el de la relación entre el hábitat medieval y sus terrenos de cultivo; nos encontramos, en efecto, con realidades poco coherentes: los pueblos actuales están todos en zona casi llana y, en todo caso, fuera de las terrazas. La superficie ocupada por éstas es de varios miles de hectáreas, cubriendo cerros hasta alturas asombrosas. Esta densidad impide suponer un origen moderno a estas terrazas, dado que el aumento de población en el siglo XVIII es escaso respecto al número de habitantes de la región cuando estalla la rebelión morisca”⁷⁴. “La hipótesis que manejamos por ahora —sigue Cressier— es la de un origen (o por lo menos desarrollo) de ellas en época medieval... No hay entre el siglo XVIII, por ejemplo, y la época de la

73. Siglo XVIII: Archivo Histórico Provincial de Almería. Respuestas particulares del catastro de Ensenada. Tahal E-1 12, Alcudia E-24, Benizalón E-46. Siglo XIX: MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1845. Editado por Editoriales Andaluzas Reunidas, Valladolid, 1988. TORO, M. J.: *Memorial de las vicisitudes de Almería y pueblos de su río*, Imprenta de Vicente Duimovich, Almería, 1849. Siglo XX: Archivo Histórico Provincial de Almería. Mapa nacional de abastos. ABA 5.

74. CRESSIER, P.: “Segunda campaña...”, *op. cit.*

reconquista, un aumento de población que explique tal desarrollo, sino más bien estabilización después del bache de la rebelión morisca”⁷⁵.

Esta hipótesis —que, de nuevo, no viene avalada por ninguna prueba arqueológica... debe ser completamente desechada (con una sola excepción), porque las terrazas, especialmente las que “ocupan miles de hectáreas, cubriendo cerros hasta alturas asombrosas”, son muy modernas, básicamente un producto de los últimos 200 años.

En primer lugar, está el asunto de la demografía. Tras la repoblación todos los pueblos de la sierra experimentaron un fuerte crecimiento demográfico, explicable en parte por el bajo nivel de partida. Entre 1593 y 1752 el crecimiento porcentual fue el siguiente:

Tahal	400%
Benitagla.....	591%
Benizalón.....	187%
Alcudia.....	161%

Esta progresión en siglo y medio es, como reconocerá cualquier estudioso de la demografía del antiguo régimen, inexplicable por el simple crecimiento natural y significa que la repoblación continuó espontáneamente más allá de su conocida fase inicial (1571-1595). En Tahal, por ejemplo, entre 1592 y 1621, los bautizos se incrementaron en casi un 100%, lo que indica que la población posiblemente se duplicó en menos de 30 años⁷⁶. A pesar de todo, el punto de partida había sido tan sumamente bajo que, en 1752, sólo Tahal, había superado el nivel anterior a la expulsión de los moriscos.

No habría, por tanto, motivos demográficos —aunque esto se discutirá a continuación— que justificaran la ampliación de las superficies cultivadas entre el siglo XVI y el XVIII, y sin embargo esta ampliación se produjo, como podemos comprobar comparando los libros de apeo con el catastro de Ensenada. Por otra parte, la vida no se terminó, afortunadamente, en 1752. Si seguimos adelante observamos que todos los pueblos, menos Alcudia, superaron con mucho el nivel morisco de 1568, llegando a su máximo demográfico entre finales del siglo XIX y mediados del XX (Cuadro 2).

75. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*

76. GARCÍA LATORRE, J.: “El Reino de Granada en el siglo XVII. Repoblación e inmigración”, en *Chronica Nova*, 19 (1991), pp. 145-166.

CUADRO II

Evolución demográfica de los valles interiores de la Sierra de Filabres entre 1568 y 1948¹¹

Base 100 en 1568

<i>Años</i>	<i>1568</i>	<i>1593</i>	<i>1752</i>	<i>1845</i>	<i>1900</i>	<i>1948</i>
Alcudia	100	20	54	81	92	74
Benizalón	100	25	74	150	200	262
Benitagla	100	5	37	118	111	146
Tahal	100	37	188	291	356	313

Habría, pues, motivos demográficos para explicar la construcción de las terrazas en fechas recientes. No obstante, estos motivos no tienen por qué ser los únicos tomados en consideración, ni siquiera los decisivos. Como señala Cressier, entre fines del XVI y mediados del XVIII ninguna causa demográfica justificaría el crecimiento de las superficies en cultivo, pero sabemos que ésta se produjo en ese período y en los siguientes (Cuadro 3).

CUADRO III

Evolución de la superficie total cultivada entre 1568 y 1948⁷⁸

Base 100 en 1568

<i>Tahal</i>				
<i>Años</i>	<i>1568</i>	<i>1752</i>	<i>1845</i>	<i>1948</i>
Superficie cultivada	100	162	127	283
<i>Benizalón</i>				
Superficie cultivada	100	216	299	391
<i>Alcudia</i>				
Superficie cultivada	100	177	214	291

77. La estimación de la población morisca en 1568 se ha hecho a partir del número de casas (considerando una familia por casa y cuatro personas por familia (véase nota 21). La de la población de 1593 se hizo a partir de las visitas de ese año (véase nota 54). La población del siglo XVIII se especifica en las respuestas generales y particulares del catastro de Ensenada. Para la del siglo XX, véase: TAPIA GARRIDO, J. A.: *Op. cit.*

78. Los datos relativos a 1568 y 1572 proceden de los libros de apeo y de las respuestas particulares del catastro de Ensenada de la zona. Para los del siglo XIX y XX, véase nota 73.

Los campesinos filabreses del siglo XVII y del XVIII puede que no estuvieran muy motivados para esforzarse en ampliar los terrenos de cultivo; pero sí podía haber alguien (de hecho lo había) que se sintiera tremendamente motivado, no para trabajar personalmente, sino para hacer que los demás trabajaran mucho más.

Las ideas de Cressier en este punto parecen alinearse con otras semejantes (cuyo origen puede encontrarse en las teorías de Esther Boserup), que suelen relacionar directamente cualquier ampliación o intensificación en los sistemas de cultivo con el crecimiento demográfico. Tales planteamientos, en los que se ignora el papel de las clases sociales y de la coerción, han sido contundentemente criticados por un historiador de la economía, E. J. Nell: “Ya que es posible que una clase o grupo haga trabajar más duro a los demás en su propio beneficio, dicha clase o grupo estará motivada a hacerlo tanto si hay presión de población como si no la hay... Una vez admitamos que la coerción y la explotación son posibles, y que son el caso normal, no necesitamos de la presión demográfica para esta explicación (aunque puede, por supuesto, ser una explicación correcta en algunos casos)...”⁷⁹.

No es sólo la evolución de las superficies de cultivo en secano a lo largo de los siglos la que nos lleva a afirmar que las terrazas alargadas, en forma de tiras, que son el elemento más extendido y llamativo del paisaje actual, fueron construidas recientemente. Son los libros de apeo, que permiten localizar y cartografiar exactamente dónde y qué cultivaban los moriscos, el principal argumento. También es muy instructiva la comparación de los apeos con el catastro de Ensenada, porque éste ofrece detalles —por ejemplo sobre la calidad de la tierra— que aquéllos no ofrecen explícitamente.

Los moriscos, en general, sólo cultivaban las tierras más llanas y las laderas de menor inclinación, las que el catastro, un siglo y medio después, califica de primera y segunda calidad; es decir, las mejores. Son los campos abiertos, formados por parcelas grandes, que existen hoy alrededor de los pueblos, y las parcelas sostenidas con muros (no propiamente terrazas alargadas) en laderas poco inclinadas, entre vertientes de barrancos o en medio de los mismos. Las montañas que actualmente aparecen cubiertas de terrazas en tiras hasta las cumbres eran, en el siglo XVI, zonas de pastizales y encinares. Se mencionó antes una excepción. El libro de apeo de Benizalón-Benimina indica que el muy escabroso e inclinado *Montahur* estaba cultivado hasta la misma cumbre. Pero esta excepción hay que relacionarla con la existencia, también excepcional, de un poblado en aquel lugar.

79. NELL, E. J.: *Historia y teoría económica*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 173.

Los moriscos filabreses practicaban, en los valles interiores, una agricultura de secano, aunque era un secano muy especial (cuya organización y cultivos recuerdan frecuentemente a los propios de las zonas de regadío morisco). Su rasgo más sobresaliente es la enorme cantidad de árboles cultivados que se encontraba en él.

No es posible, en el marco de un artículo como éste, exponer con detalle cómo era el espacio rural de la época, me limitaré, por tanto, a señalar los rasgos más significativos.

La organización del terrazgo era, ideal y esquemáticamente, concéntrica. Las mejores tierras y las más intensivamente cultivadas eran, en general, las que se encontraban alrededor de las aldeas, junto a las ramblas, llegando hasta las mismas casas. En estas áreas se situaban las mayores concentraciones de cultivos arbóreos. Morales y almendros eran los árboles más cultivados, aunque también eran abundantes las higueras y los olivos. Había además otros árboles frutales en menor proporción y muchos parrales. En Alcudía, por ejemplo, este sector, que sólo representaba el 10% de las tierras cultivadas, reunía una cuarta parte de todos los árboles del término. Había aquí 31 árboles por fanega de tierra. En estas zonas podía existir algún huerto, relacionado con el riego ocasional a partir de las ramblas y con las pequeñas estructuras hidráulicas de las que se ha hablado, aunque eran predominantemente de secano.

Conforme nos alejamos de los pueblos, los pagos son más grandes y los árboles cultivados más escasos, hasta llegar a los pagos más alejados y extensos, donde la presencia de la vegetación natural es cada vez más notoria. En ellos eran frecuentes, como vimos, las casas aisladas y los corrales. Las superficies cultivadas resultaban, en conjunto, muy pequeñas (440 fanegas en Alcudía-Alhabia-Benalguaciles; 2.107 en Tahal-Benitorafe-Benimedala; 700 en Benizalón-Benimina).

Este esquema era alterado por la presencia ocasional de los “marchales”, pequeños espacios con árboles, casas, e incluso riego, que podían aparecer en los sectores alejados de los núcleos de población.

En el interior de los pueblos, entre las viviendas, también eran muy abundantes los árboles. Siendo éste otro de los hechos que me llevan a suponer una estructura urbana menos densa que la actual, en la que no hay lugar para los árboles (en el interior de Alcudía, por ejemplo, había más árboles que casas).

6. *ALGUNAS CONCLUSIONES*

Ha sido mi intención, a lo largo de este trabajo, mostrar las posibilidades que la documentación escrita en castellano ofrece al arqueólogo

interesado en el mundo islámico medieval. En ningún momento he pretendido establecer una relación de superioridad de las fuentes escritas sobre las arqueológicas, aunque sí llamar la atención sobre los riesgos que se corren al pasar olímpicamente de ellas.

Tradicionalmente los historiadores, en parte por haber ignorado la arqueología, han incurrido en el error de definir —en palabras de García de Cortázar— “sociedades sin espacio”⁸⁰, aunque bien situadas en el tiempo. Sería éste un error paralelo al de definir “espacios sin sociedad”⁸¹..., y sin tiempo, añadiría yo.

En el contexto del trabajo arqueológico desarrollado en la Sierra de Filabres, “también se ha emprendido —escribe Cressier— un estudio etnoarqueológico que se centra en la posible filiación entre el hábitat medieval y el actual, y en la definición tanto de la herencia árabe-musulmán como de la aportación de los nuevos pobladores del siglo XVI de los que la mayoría provendría de Murcia”⁸².

También aquí los etnoarqueólogos deberían echar un vistazo a los papeles, porque la mayoría de los repobladores de los valles interiores filabreses no procedía de Murcia, sino de la Sierra de Segura y de la Mancha⁸³, dato que no carece de importancia a la hora de evaluar los distintos aportes y su procedencia.

Los repartimientos, del siglo XV y del XVI, y las investigaciones que los han tomado como base, no pueden suplir el trabajo del arqueólogo, pero pueden serle de gran ayuda.

Hay que reconocer, empero, que las investigaciones basadas exclusivamente en estos documentos presentan un panorama muy desigual. Junto a auténticos trabajos de investigación que usan las fuentes para elaborar conocimientos sobre una sociedad del pasado, otros —muy abundantes— consisten simple y llanamente en el resumen y la paráfrasis del documento. Como paradigma de este tipo de “investigaciones”, no resisto la tentación de comentar una reciente, realizada sobre el libro de apeo y repartimiento de Laroya, una pequeña localidad almeriense⁸⁴. No es la primera vez que los autores se acercan a los libros de apeo, documentos que, por su volumen considerable y la facilidad de su consulta, se prestan extraordinariamente para servir en dudosos afanes curriculares.

80. GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. *et al.*: *Organización social del espacio en la España medieval. La corona de Castilla en los siglos Vili al XV*, Ariel, Barcelona, 1985, p. 33.

81. *Ibidem*.

82. CRESSIER, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*, p. 553.

83. Véase nota 54.

84. ESPINAR MORENO, M. *et al.*: “La alquería de Laroya. De la edad media a la moderna. Notas para su estudio”, *Roel*, 9/10, 1988-89, pp. 59-101.

Mientras los autores copian aplicadamente el texto, la cosa no deja de tener cierta utilidad, incluso para un arqueólogo, pero de cuando en cuando se dejan caer con sabrosos comentarios de su propia cosecha (supongo que, más que nada, por aliviar el tedio mortal que se apodera del lector, pues los apeos no son precisamente literatura de evasión) y entonces descubrimos asombrados que “el cereal panificable sirve para alimentar a la población”⁸⁵ ; o nos maravillamos de que “el hombre durante aquel espacio de tiempo lograra algún aprovechamiento de los recursos”⁸⁶; o, por fin, comprobamos que “el territorio en tiempos pasados había conocido una organización del espacio”⁸⁷. No le faltaba un detalle al pueblo, ¡hasta tenía “organización del espacio”! El problema es que no se nos dice absolutamente nada sobre dicha organización. Como puede verse, los comentarios, por su obviedad casi tautológica y por su perfecta inutilidad, son dignos de figurar en cualquier antología dadá, surrealista o marxiana (de los tres hermanos, se entiende). Y no se piense que tales joyas proceden —sería entonces disculpable— de investigadores primerizos o de bienintencionados eruditos locales, sino “ex luce universitatis”.

85. *Ibidem*, pp. 81-82.

86. *Ibidem*, p. 60.

87. *Ibidem*.

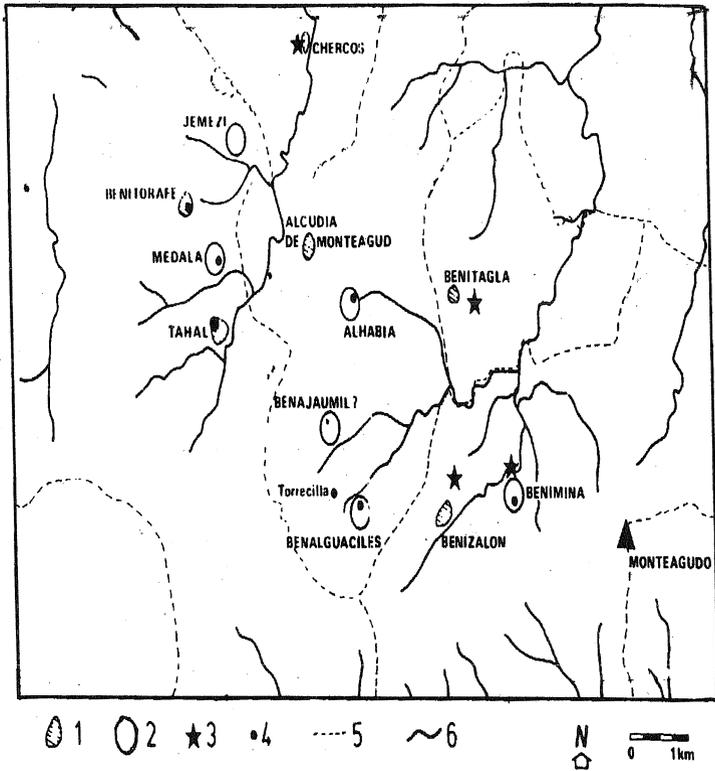


Figura 1.—Pueblos y despoblados de la zona central de la Sierra de los Filabres. 1 : pueblo; 2: despoblado; 3: fortaleza o “castillico”; 4: torre de alquería (atalaya o rábita en el caso de la “Torrecilla”); 5: límites de los municipios actuales; 6: red hidrográfica.

Fuente: Cressier, P.: “El poblamiento medieval...”, *op. cit.*, p. 552. ...